político como en el moral. No hay que engañarse: ningun cambio ha comenzado bajo auspicios tan funestos como la revolucion de Febrero de 1848: nada ha sorprendido tanto los ánimos, y nada tampoco ha hecho formar tan triste idea de las terribles vicisitudes á que se hallan espuestas las naciones, aun gozando de una asombrosa prosperidad y de una paz prolongada.

Uno de los caractéres especiales de la conmocion actual es, que casi nada podrá arreglarse ni con los ejércitos, ni con la influencia de los gobiernos: todo ha de ser obra de la verdad y del convencimiento, supuesto que no hay otro enemigo que el error revestido de todas sus formas. El triunfo que alcanzare la fuerza física será insubsistente, hará mas sangrientas las reacciones, y dejará con menos recursos á la administracion pública, cualquiera que sea. Los hombres dudan de lo que habian creido, y la verdad política y religiosa, las mácsimas de buen gobierno, y todos los principios son ya objeto de una contradiccion, en la que se perderá toda luz y toda esperanza, ó se afianzarán sólidamente los derechos de la moral pública. La lucha es decisiva; el espíritu orgulloso del siglo y la filosofía cristiana que nos muestra cuáles son los frutos de la libertad sin órden y de la discusion sobre todo, sin otra regla que la del favor á las mácsimas destructoras de las autoridades legítimas.

Pero si la lucha en que está empeñado el mundo se prosiguiera con franqueza y lealtad, y si la espresion de los sentimientos y opiniones fuese pura y sincera, se allanarian las dificultades y pronto veriamos el desenlace que es de desear. Por una fatalidad, los que combaten los errores y preocupaciones de la multitud estraviada, temen confesar que las doctrinas

dominantes hace mas de medio siglo, tales como quieren practicarse, son una invencion que no puede conciliar los diversos intereses de la sociedad, ni asegurar permanentemente la paz de los pueblos; y contemporizando unas veces, y otras atacando con disimulo los estravíos revolucionarios, dan á estos necesariamente la importancia que no tendrian si sin disfraz alguno se llamaran las cosas por sus nombres y se hicieran los esfuerzos que inspira la conciencia de nuestras desgracias. Los hombres mas ilustres de Europa, intimidados con la crísis presente, ni quieren alistarse en las filas de los demagogos, ni condenar tampoco los errores que nos arrastran de abismo en abismo. Parece mas bien que se proponen permanecer neutrales, desaprobando lo que llaman estremos, y salvar la sociedad sin una enseña fija y sin partidarios decididos que la sostengan. ¡Conducta deplorable y vergonzosa ciertamente para el entendimiento y para el corazon!

Desconcertada la sociedad y rotos todos los resortes de órden y de bien público, es necesario entrar en un ecsámen profundo, y no buscar el remedio en teorías de partidos ni en palabras incapaces de dar consuelo ni de infundir esperanzas. El trastorno que presenciamos es tan violento y tan radical, que no puede atribuirse á la política desacertada de un gobierno, por influente que sea, á las maniobras de las facciones, á tal ó cual sistema pernicioso, á esta ó la otra complicacion de circunstancias difíciles. No; el mal que sufrimos reconoce un orígen de tal magnitud y tan general como lo es la disolucion que prócsimamente nos amenaza. Los pueblos que se han agitado durante sesenta años buscando en un cambio que no conoce límites y en la constante oposicion á todo gobierno constituido,

una felicidad quimérica, deben sospechar que han vivido engañados y que los progresos del gobierno y del pueblo se invocan comunmente para disculpar ambiciones miserables, cubiertas con un ropage hermoso y sostenidas por una hipocresía que se muestra ya con la mas asquerosa deformidad. Todo debe conocerse, y los hombres que quieran promover el restablecimiento de la moral pública con simples reformas políticas que dejen subsistente ese conjunto de mácsimas que se hallan en abierta contradiccion con el espíritu del Evangelio, esos hombres, repito, ni hablan de buena fé, ni son dignos del triunfo á que aspiran.

Es una pretension insensata separarse de las ideas comunes, pero sanas y rectas, sobre el estado de la sociedad, y promover su organizacion con combinaciones que pueden honrar á un escritor, pero que son insuficientes para las necesidades de la especie humana. El hombre sencillo y virtuoso, es mejor consejero hoy que el estadista mas consumado, y la influencia cristiana será mas eficaz para reprimir la anarquía, que las instituciones políticas mas bien calculadas. Cuando los males públicos provienen de simples estravios ó de gobiernos débiles, una administracion enérgica con medios poderosos de represion puede corregirlos; pero cuando la corrupcion se ha fijado en la cabeza, cuando se ha desconocido por sistema todo principio sano, cuando el orgullo y la independencia intelectual quieren ser los reguladores y árbitros de nuestros destinos, entonces solo los planes del cristianismo pueden restaurar el imperio del órden y de la justicia. Es designio, y designio benéfico de la Providencia, que la civilizacion entregada á sí misma y en poca armonía con la divinidad, se presente frecuentemente tan ciega y

tan bárbara como nuestras tribus salvages dominadas por las tinieblas del gentilismo.

Nunca se discurre con mas acierto que cuando se palpan la insuficiencia y la imperfeccion de los trabajos del hombre; y no será temerario el que asegure que los grandes escritores y los grandes políticos, dejan en sus obras un vacío que llenaria su conciencia, si no los contuviera ese respeto que se conserva y se conservará mucho tiempo al sistema que bajo diversas denominaciones representa siempre el principio destructor, de que la obediencia á la autoridad constituida debe tener por límites los que con tanta inconstancia ha fijado y está fijando el espíritu del siglo actual.

Pero sin que nos sea permitido conocer el conjunto de causas que hayan podido producir la revolucion que presenciamos, sí debiera contemplarse bajo el triple aspecto que ella presenta, religioso, social y político. Pocas veces han ofrecido los pueblos al ecsámen del filósofo y del observador una reunion mas grandiosa de elementos inconsistentes, mas fecundos en el bien y en el mal, y mas contrarios en sus tendencias y combinaciones. Prodigios de invencion y de adelantamiento en todos los ramos conocidos: cultura del espíritu, y progresos estraordinarios en las artes y en las ciencias naturales; trasformacion asombrosa en las comunicaciones de tierra y mar, y raros y esquisitos descubrimientos para aumentar las comodidades de la vida y para dar nueva forma y nuevo brillo á la sociedad. Pero al lado de estos progresos, todos los desastres tambien de una razon degradada que ha desconocido el carácter y condicion del hombre, y se ha empeñado en variar las reglas establecidas por su Autor para ennoblecer y moderar sus pasiones. Los sis-

temas se multiplican, y la política ha venido á ser mas incomprensible que las sutilezas de la escuela de Aristóteles: el gobierno de todos por todos, la autoridad sin obediencia, y el poder sin medios de sostenerse. De los estravíos políticos debian venir los sociales, y una vez desconcertados los gobiernos y paralizados los resortes de la ley y del órden, la sociedad debia conmoverse, y la masa proletaria buscar en la propiedad, en las clases productivas y en los rangos mas ó menos elevados, todos los goces que ha podido vislumbrar en las ofertas con que se ha estado adulando á lo que se llama pueblo, sin definirlo y sin conocerlo. Y para acabar de estinguir todo buen sentimiento, debia presentarse en apoyo de semejante desórden, la indiferencia en materias religiosas, que ha privado á los pueblos de la influencia consoladora que siempre ha tenido la religion, conservando lo que es digno de veneracion y amor, y haciendo mas augustas las funciones de la autoridad civil; derramando por todas partes las semillas de la virtud, y los bienes inmensos de la caridad evangélica.

No hay hombre que reflecsionando un poco en los cambios sucesivos á que dará lugar la série de acontecimientos que se realizan en todas partes, no se haga esta pregunta: ¿qué será mi patria? ¿Cuál será mi suerte y la de mis hijos? Perdida la luz, nadie sabe lo que le reserva la Providencia, que no siempre oculta á los hombres la perspectiva de un porvenir menos desgraciado. Las circunstancias peculiares de cada pueblo, y su diversa organizacion imponen un deber especial á los ciudadanos que les pertenecen, de cooperar cada uno en su esfera respectiva á disminuir los males que se presentan á la imaginacion en toda su magnitud. México es sin duda uno de los

mas infelices, ya se considere lo que ha debido ser, lo que es, ya el peligro en que se halla de perder su nacionalidad é independencia.

Pero no es posible penetrarse de nuestra situacion sin considerar la parte que en ella tienen los males comunes hoy á todas las sociedades. Como nos hemos empeñado en ser grandes, no conservando lo que teniamos, ni mejorando nuestro carácter ni nuestras costumbres, sino apasionándonos por lo que mas nos ha deslumbrado, es preciso que investiguemos si era oportuno imitar ciegamente á otras naciones civilizadas, y si pudimos llegar alguna vez al término con que nos halagaba una nécia presuncion: si un pueblo puede ser poderoso y feliz desconociendo su constitucion peculiar y abatiéndose hasta el estremo de no ver en su orígen ni en su historia sino los títulos de su ignominia; y por último, si este pueblo debe conservar alguna esperanza de figurar en el mundo siguiendo por el camino que lo ha arrastrado á los mayores desastres é infortunios. Y no se crea que al hablar de este modo escito las ideas de un cambio violento, cualquiera que sea: los detesto todos, y cuando me propongo publicar mis pensamientos sobre el estado de nuestra patria, no quiero que ejerzan otra influencia que la de la razon, ni que inspiren otros sentimientos que los de la concordia y del respeto á las instituciones y autoridades ecsistentes. Y por esto declaro desde ahora, que luego que este escrito pudiera considerarse bajo un aspecto poco favorable á la paz y órden legal establecido, yo seria el primero en desconocerlo y condenarlo.

Hemos vivido treinta años haciendo una constante oposicion á la verdad, no alimentando nuestras esperanzas sino con las ilusiones que siempre nos hace formar el delirio de los partidos,

reduciendo las mejoras y progresos á vanas palabras y á teorías que no satisfacen ninguna de las necesidades públicas: es preciso, pues, que el pais salga de esta situacion que no le proporciona sino el temor en que vive, que no le da crédito, ni asegura ninguno de los bienes que se han buscado al organizarse las sociedades. Graves como son las cuestiones sobre formas de gobierno, sobre legislacion y sobre instituciones, casi no tienen importancia cuando se reflecsiona en que esta nacion, bajo cualquier sistema político, seria la misma que es hoy, si subsistiese el vicio radical del estravío de las ideas sobre los principios fundamentales y protectores de las garantías preciosas para los gobiernos, para los pueblos y clases en que están divididos. Así vemos que la inquietud, la discordia y la desconfianza arruinan ó amenazan á un tiempo gobiernos monárquicos constitucionales y absolutos y repúblicas democráticas. Subsistente esa falta de equilibrio entre la libertad y el órden, vanas serán todas las reformas y todos los cambios que pudieran emprenderse, y no podrá remediarse ni con grandes ingenios, ni con grandes proyectos, ni con grandes ejércitos, sino con una moral sana que zanje los cimientos de la gloria de un pueblo sóbrio y virtuoso. Lo demas es engañar y buscar la felicidad en aquello precisamente que la contradice.

Aunque no se puede prescindir de nuestras instituciones y forma de gobierno, ni de otras materias enlazadas íntimamente con la organizacion radical que reclama el pais, deben considerarse todas como subordinadas á la necesidad de principios de órden reconocidos, en que pueda cimentarse la administracion pública, cualquiera que sea el sistema, y este es el punto de partida de todo plan de reformas saludables. México por fortuna no tiene que resolver ahora esas cuestiones que conmueven la Europa, y si debe ecsaminarlas con detenimiento, precaverse y juzgar de ellas con rectitud para conjurar los males de un trastorno social, la índole de la nacion y el buen espíritu que la anima convidan á mejorar su régimen interno para que este asegure la paz y el órden, y le dé el poder y crédito que necesita contra sus enemigos. Yo he creido que á este fin nada conduce tanto como saber lo que hemos sido y podido ser, lo que somos, y el porvenir que está anunciando nuestra conducta. Presentar, pues, este cuadro y buscar en nuestros propios elementos las seguridades y la felicidad que deseamos, hacer perceptible el carácter de nuestra discordia, pero sin tocar á las personas, y fundar sobre todo, que si el pais quiere, puede salvarse, es el trabajo que he emprendido guiado por las mejores intenciones.

Una reforma tal como la desea la opinion pública, un desengaño, un esfuerzo de patriotismo es lo que se necesita para contener el torrente que se desborda, y poner á cubierto nuestra responsabilidad. Con esa reforma será conciliable un gobierno fuerte y enérgico, que no oprima, sino que proteja al pueblo; que no disminuya, sino que afiance los derechos de los ciudadanos; que no ensalce el despotismo, sino que abata la anarquía; cualquiera que sea el atractivo con que se presente, ya proclamando principios, ya proponiendo sistemas, ya escitando las pasiones malignas y corrompiendo en la masa del pueblo los instintos generosos de su sencillez y moralidad.

¿Qué se encontrará sin embargo digno de las circunstancias en que se halla la República, en un escrito que no puede tener otro mérito que el de la buena fé, y á lo mas verdades fáciles de

conocerse porque están confirmadas por una série interminable de desgracias? Las obras de todo género, las discusiones de los parlamentos, las publicaciones periódicas y ese constante ecsámen á que se entregan todos los hombres al contemplar lo que ocurre en el mundo, han familiarizado y encendido tambien los debates políticos, y no permiten que se lea nada con imparcialidad, ni producen otro convencimiento que el de que ecsisten grandes males sin remedio y sin término. La perturbacion generalizada por el orgullo es tal, que la luz solo sirve para confundir las cosas y deslumbrar los espíritus que apenas pueden descubrir ya los límites que separan la verdad del error, lo útil de lo pernicioso, y la civilizacion de la barbarie de los pueblos. ¿Qué valdrán en consecuencia mis reflecsiones, cuando todo se pone en duda, y cuando á fuerza de sentir la insuficiencia de los ensayos y de los sistemas establecidos hasta ahora, hemos perdido los mexicanos toda esperanza de bienestar y nos abandonamos á nuestra situacion con todas sus consecuencias? Pero hay deseos honestos que pueden satisfacerse, opiniones sinceras que deben publicarse, y sobre todo, una obligacion sagrada de precaver cada uno segun el dictámen de su conciencia, la deshonra y la ruina de su patria.

LIBRO PRIMERO.

I.

El conocimiento esacto del estado en que se hallaba la nacion al hacer su independencia, es importantísimo bajo mil aspectos, y sin él no se podria designar el primitivo orígen de los trastornos que la han hecho decaer, ni los medios de levantarla é impedir su completa disolucion. Grande y hasta cierto punto inesplicable el predominio de hombres y de doctrinas y errores funestos, no lo podriamos calificar si no averiguásemos la causa que les ha dado una influencia tan decisiva en todos los cambios que se han realizado y en todos los sistemas que se han admitido, como un recurso para satisfacer mas bien miras personales que necesidades políticas. Lamentándonos sin cesar de esa servidumbre oprobiosa á que nos hemos sujetado, asombrándonos la fortuna que tan pródiga ha sido con ambiciosos sin títulos y sin mé-